

Revistas culturales de dos décadas (1970-1990)

Pero, ¿falta acaso ilustración, faltan ideas en nuestra patria? No, señores, sobreabundan.

Esteban Echeverría

Las revistas culturales ocupan un lugar particularmente significativo y problemático en la vida intelectual de un período; en torno de ellas se juega un rico movimiento que hace a la producción, distribución y confrontación de ideas. Si se trata de un lugar especialmente problemático es porque se toca, en un punto, con la cuestión de la divulgación y con el debate que alrededor de este tema se advierte en nuestro tiempo. Por lo pronto, una pregunta para empezar: ¿hay un solo tipo de revista cultural? ¿Puede reunirse bajo el mismo rótulo una publicación dirigida por y hacia alumnos avanzados y docentes universitarios, y otra que se orienta a las zonas más «bastardas» de los productos de la industria cultural? La respuesta es, por supuesto, no. Sobre las revistas culturales opera también un fenómeno de estratificación que se decide en términos de intereses ideológicos, adscripciones institucionales, tipo de público y de discurso; en fin, por su posicionamiento global frente al tan amplio como difuso mercado.

Este artículo, entonces, parte de una simplificación —evidente ya en su título— que, como compensación, intenta privilegiar un análisis panorámico que agregue a su componente descriptivo el señalamiento sobre la dinámica cultural específica que el fenómeno supone.

Estudiar las dos últimas décadas de revistas culturales en la Argentina significa atender principalmente a los vínculos de atracción y rechazo que éstas generaron con otras instituciones; advertir, por ejemplo, tanto el modo en que anticiparon teorías, obras, autores y debates que luego pasaron a integrar los planes de estudio de la universidad como también la manera descuidada en que se hicieron eco con retraso de temas y tópicos ya transitados en ese ámbito. Significa también entenderlas como una especie de

formación intelectual e, inclusive, de adiestramiento laboral —lo que obliga a tener en cuenta todo aquello relativo a las muy duras condiciones de existencia que este tipo de publicaciones conlleva en el país—; y si, por un lado, pesa sobre ellas la (sana) sospecha de los compromisos que devienen de su ligazón inmediata con el mercado, por el otro lado, las revistas culturales parecen mostrarse como un territorio privilegiado de intercambio y polémicas ideológico-culturales, cuya ausencia es particularmente notable en otros espacios¹.

El recorrido que, a partir de los ejes señalados este trabajo se propone, registra los años de la dictadura militar (1976-1983) como un lapso «anómalo» que obliga a reconsiderar, en parte, la pertinencia de los señalamientos hasta ahora apuntados y sus consecuencias metodológicas.

Digamos, a manera de introducción, que la década del 50 conoció, más cualitativa que cuantitativamente, la aparición de una serie de revistas culturales (*Contorno*, *Gaceta Literaria*, *Centro*, *Capricornio*, publicaciones comunistas, etc.)² que podrían ser leídas desde el presente como un quiebre en la historia contemporánea de las revistas culturales en nuestro país. En ellas comienza a plantearse una reflexión, más o menos sistemática, sobre el papel social del intelectual, del escritor y del artista, los modos de su funcionamiento político, el lugar de las instituciones, de la tradición y de la novedad, una visión de la historia como dato insoslayable (se hundían definitivamente —al menos en sus expresiones más ingenuas— los presupuestos románticos y positivistas), un hurgar más crítico en los modelos «de la hora» que los países imperialistas ofrecían.

Es el comienzo de una politización, entendida en su sentido general, que se irá acentuando y adquiriendo perfiles más definidos durante la siguiente década.

En los 60 se van a juntar la desilusión de la efímera esperanza que en los jóvenes —o no tanto— intelectuales habían despertado la Revolución Libertadora y la apuesta «modernizante» del desarrollismo, a los que ahora se sumaba un balance crítico de la década peronista, la atronadora irrupción de la Revolución Cubana y, centrada sobre lo estrictamente literario y cultural, la expansión editorial, de lectores y de mercado que generalmente se agrupa con el término «boom», más las prácticas culturales populares y contestatarias que reunían tanto al período de la resistencia peronista como los procesos revolucionarios del resto del continente.

La aún vigente concepción sartreana del «compromiso del intelectual» adquiría (y exigía) definiciones cada vez más políticas y empujaba hacia la toma de posiciones frente a eventos históricos y luchas sociales concretas.

Como procesar desde lo estrictamente cultural esa lucha social y política (la pregunta sobre el punto de confluencia entre vanguardia estética y vanguardia revolucionaria, en términos un tanto maniqueos) parece ser el inte-

¹ En lo referente a la cuestión metodológica de aproximación a las revistas culturales, cf. Jorge Rivera y Eduardo Romano, «Sobre maneras de leer y de pensar la prensa periódica», en *idem* (comps.) *Claves del periodismo argentino actual*, Buenos Aires, Tarso, 1987, págs. 11-44.

² Carlos Mangone y Jorge Warley, «La revista *Contorno*. La modernización de la crítica literaria», en Capítulo. *La historia de la literatura argentina*, 122, Buenos Aires, CEAL, 1981.

rrogante que las revistas más significativas del período (*El Escarabajo de Oro*, *Hoy en la Cultura*, *Tarea*, *La Rosa Blindada*, *Che*, *Cristianismo y Revolución*, yendo desde las más específicamente culturales hasta las más abiertamente políticas)³ compartían. En este contexto general habría que consignar también el impacto introducido por la «aparición» de nuevas disciplinas que, en cierto modo, obligaban a reconsiderar los diferentes campos del saber: psicoanálisis, sociología, teoría de la comunicación, lingüística y semiología, la discusión que se abre en el marxismo.

Un caso particularmente interesante por su «descendencia», aunque ajeno, en cierta medida, a lo hasta aquí señalado, es el de *Primera Plana* (1962-1969). Esta publicación, si bien afín al proyecto político de los «azules» del Ejército argentino y dirigida hacia un público de nivel medio y alto, inicia una manera novedosa de crear gustos, formar opiniones e introducir nuevos modelos culturales, con una estrategia discursiva en la que periodismo y ficción de algún modo se fusionan, es decir, donde el pacto de «verdad» que el discurso periodístico propone al lector se ve agilizado mediante un trabajo literario (ficcional). En sentido estricto, *Primera Plana* es una «revista de actualidad», que dedica una buena cantidad de páginas a los fenómenos culturales; sus modos de titular, sus epígrafes informales, las perspectivas de narración de muchas de sus crónicas, etc., conforman un paradigma destinado a impactar fuertemente en diarios y revistas futuras (desde *La Opinión* a, más recientemente, *El Porteño* y *Página 12*)⁴.

Planteado este campo problemático, podría determinarse un arco que se abre a comienzos de los 60 y, en el medio de una creciente politización, se cierra hacia mediados de los 70. En este arco, el cordobazo de mayo de 1969 —que marca el fin del onganato y el inicio de un período de grandes luchas obreras, estudiantiles y populares— abona la discusión sobre gobierno popular, transformación revolucionaria y socialismo; clasismo y populismo; insurrección, elecciones y vía armada.

Esta serie de elementos constituye el «piso» sobre el que se desarrolla la discusión en torno a cultura e intelectuales a principios de los 70. Un debate que, en cierto sentido, comienza a ser clausurado con las elecciones que llevan en 1973 a Héctor J. Cámpora a la presidencia, la ola represiva que se desata a fines de 1974 y alcanza otras dimensiones con la dictadura militar que se instala en marzo de 1976.

En ese lapso surgió una gran cantidad de revistas en todo el país. Este trabajo, obviamente, no pretende ni puede dar cuenta de todas ellas; nos restringiremos al ámbito de las revistas nacionales (es decir, aquéllas editadas desde la capital) teniendo en cuenta, sobre todo, a las que, vistas desde hoy, constituyen «modelos emblemáticos» del período. Nuestra lista se reduce esencialmente a dos revistas: *Los libros* y *Crisis*. La elección es necesari-

³ Para un panorama más completo de las revistas de este período, cf. Héctor R. Lafleur y Sergio D. Provenzano, *Las revistas literarias argentinas (1893-1960)*, Buenos Aires, ECA, 1962. Hay una segunda edición, corregida y aumentada, que se extiende hasta 1967, en Centro Editor de América Latina, 1968.

⁴ Maite Alvarado y Renata Rocco-Cuzzi, «Primera Plana: el nuevo discurso periodístico de la década del 60», en *Punto de Vista*, 22, Buenos Aires, diciembre de 1984.

riamente arbitraria. Quedan en el camino, y en un estudio más extenso habría que articular las nombradas a este contexto de intercambios y debates, no sólo un cúmulo de revistas nacionales sino también europeas y, sobre todo, latinoamericanas, como la ya por entonces clásica revista uruguaya *Marcha* y las más nuevas y pujantes *Casa de las Américas*, *Mundo Nuevo* y *El Corno Emplumado*, entre otras.

A mediados de 1969 comienza a aparecer la revista *Los libros*, con la dirección de Héctor Schmucler. Se propuso como una «revista bibliográfica», es decir que fundamentalmente pretendió dar cuenta de todos los libros aparecidos durante el mes; el mayor o menor espacio dedicado a cada uno era proporcional a la importancia que se le otorgaba. Tanto en su concepción como en su diagramación y presentación, *Los libros* sigue un modelo francés, la *Quinzaine des Lettres*, revista que había aparecido a comienzos de la década.

Durante sus cuarenta y cuatro números (julio de 1969 a enero-febrero de 1976) *Los libros* conocerá dos etapas. Es especialmente su segunda época la que nos interesa remarcar. El proyecto de la revista va a tener como líneas maestras una actualización de los discursos teóricos sobre cultura y ciencias sociales (y a partir de ella, el afianzamiento de un núcleo de jóvenes investigadores) y una concepción cultural que tendía a politizar los diferentes sectores de la cultura desde una perspectiva marxista (ligada a la línea política del Partido Comunista Revolucionario, de tendencia maoísta). Este último rasgo es especialmente detectable en sus editoriales (*Los libros* se pronunciaba continuamente sobre los hechos más significativos de la vida política y social del país) y en los artículos firmados por los miembros de su *staff* fijo de redacción; lo cual no impedía que por sus páginas circulara otra serie de articulistas, jóvenes o consagrados, cuya relación con la revista era mucho más laxa.

Hacia el año 1975 se produjo un cisma en la revista, provocado por las diferentes posiciones que sus miembros adoptaron frente al gobierno de Isabel Perón. Ricardo Piglia se alejó de *Los libros* fijando su posición en un texto que la revista reprodujo y al que adjuntó una respuesta. El debate abierto quedó a mitad de camino, ya que con el golpe militar, en marzo de 1976, la revista dejó de aparecer.

El caso de *Los libros* es especialmente notable porque en ella se trataba de generar una intervención cultural a partir de los lineamientos de un marxismo político que estaba ausente, al menos como cuestión central, de las publicaciones culturales.

En mayo de 1973, en el mismo mes en que Cámpora asume la presidencia, llega a los quioscos el número uno de *Ideas, Letras, Artes en la Crisis*, con la dirección ejecutiva de Federico Vogelius —su mecenas—, la direc-